

de Mortsauf me propuso enseñármelo y acepté. En el momento en que quedamos de acuerdo, la condesa no pudo menos de dirigirme una mirada de compasión, que quería decir: «Se mete usted en la boca del lobo». Si el primer día no lo comprendí, al tercero sabía ya á lo que me había comprometido. Mi inagotable paciencia, ese fruto de mi infancia, se maduró durante aquella temporada de prueba. El conde experimentaba un gran contento entregándose á crueles burlas cuando yo ponía en práctica el principio ó la regla que acababa de explicarme; si reflexionaba, se quejaba de que jugaba con mucha lentitud; si jugaba con viveza, decía que le espoléaba; y si cometía torpezas, se aprovechaba de ellas, diciendo que me quemaba demasiado. Era aquella una tiranía de maestro, un despotismo de férula de que no se puede tener idea sino suponiendo á Epicteto caído bajo el yugo de un chiquillo mal intencionado. Cuando jugábamos dinero, sus constantes ganancias le causaban una alegría mezquina y de mal gusto; pero una palabra de su mujer me tranquilizaba y le devolvía rápidamente el sentimiento de la cortesía y de las conveniencias. Muy pronto me encontré en las hogueras de un suplicio imprevisto; en aquella tarea se fué mi dinero. Aunque el conde permanecía entre su esposa y yo hasta que me retiraba, algunas veces muy tarde, consolábame la esperanza de encontrar un momento oportuno para deslizarme en su corazón; mas para conseguir esta hora con la dolorosa paciencia del cazador, tenía que continuar aquellas malditas partidas de juego que desgarraban mi alma y se llevaban mi dinero. ¡Cuántas veces nos habíamos quedado silenciosos, ocupados en mirar un efecto

de sol en la pradera, las nubes en un cielo gris, las colinas vaporosas ó los reflejos de la luna en las piedras del río, sin decir otra cosa que:

—¡Qué hermosa es la noche!

—Como que la noche es mujer, señora.

—¡Qué tranquilidad!

—Sí; aquí no se puede ser completamente desgraciado.

Después de esto, ella volvía á su labor, pero yo había llegado á adivinar que sus entrañas se conmovían á impulsos de un sentimiento que pugnaba por hacerse lugar. Sin dinero, ¡adiós las veladas! Escribí á mi madre rogándole que me lo enviase; mi madre me llamó derrochador, se irritó y me mandó una suma insuficiente para ocho días. ¡Á quién pedir? ¡Y se trataba de mi vida! Encontré, pues, en medio de mi primera felicidad, los sufrimientos que me habían atormentado en todas partes; pero en París, en el colegio, en la pensión, había podido reducirme á la abstinencia y mi desgracia había sido negativa: en Frapesle fué activa, y entonces conocí la tentación del robo, esos crímenes soñados, esos furiosos espantosos que estremecen el alma y que debemos ahogar so pena de perder la propia estimación. Los recuerdos de las crueles meditaciones, de las terribles angustias que me imponía la tacañería de mi madre, me han inspirado hacia los jóvenes la santa indulgencia de los que, sin haber caído, han llegado al borde del abismo y han podido medir su profundidad. Aunque mi probidad, nutrida de sudores fríos, se haya fortificado en esos momentos en que la vida se entreabre y deja ver su árido fondo, siempre que la terrible justicia

humana ha herido con su cuchilla el cuello de un hombre, me he dicho que las leyes penales han sido hechas para los que han conocido la desgracia. En tal apuro descubrí en la biblioteca del señor de Chessel un *Tratado del chaquete*, y lo estudié; además, mi huésped me dió algunas lecciones, y, enseñado con menor dureza, pude hacer progresos y aplicar las reglas y los cálculos que había aprendido de memoria. En pocos días estuve en disposición de dominar á mi maestro pero cuando le ganaba se ponía de un humor execrable sus ojos relampagueaban como los de un tigre, crispábase su rostro, sus cejas se fruncían como no he visto fruncirlas á nadie. Quejábase como un niño irritado, a veces arrojaba los dados, se enfurecía, pateaba, mordía su cubilete y me llenaba de injurias. Estas violencias tuvieron un término. Cuando hube adquirido una gran superioridad, conducía el juego á mi gusto y me arreglaba de modo que al fin quedásemos iguales, dejándole ganar durante la primera mitad de la partida y restableciendo el equilibrio durante la segunda. El fin del mundo no le hubiera sorprendido tanto como la rápida superioridad de su discípulo; pero nunca la reconoció, y el desenlace constante de nuestras partidas fué un nuevo pasto de que se apoderó su espíritu.

—Decididamente—decía,—mi pobre cabeza se fatiga; al final de la partida gana usted siempre, y es porque entonces he perdido ya mis facultades.

La condesa, que conocía el juego, advirtió mi manejo desde el primer día y adivinó aquel inmenso testimonio de afecto. Estos detalles no pueden ser apreciados sino por los que conocen las horribles dificultades

del chaquete. ¡Qué no decía aquella pequeñez! Pero el amor, como el dios de Bossuet, coloca por encima de las más grandes victorias el vaso de agua del pobre y el esfuerzo del soldado que muere desconocido. La condesa me concedió una de esas pruebas de mudo agradecimiento que hacen estremecer un corazón joven; me otorgó la mirada que reservaba para sus hijos. Desde aquella noche bienaventurada me miró siempre al hablarme. No podría explicar en qué estado me separé de ella. Mi alma había absorbido mi cuerpo; no pesaba, no caminaba, volaba; sentía en mí aquella mirada que me había inundado de luz, como su *¡adiós, caballero!* había hecho resonar en mi alma las armonías que contiene el *Oh filii, oh filia!* de la resurrección pascual. Nacía á una nueva vida, puesto que era algo para ella. Me dormí envuelto en llamas de púrpura, y ante mis ojos cerrados pasaron luces que se perseguían en las tinieblas como esos puntos de fuego que corren unos tras otros en las pavesas del papel quemado. En mi sueño su voz se convirtió en un no sé qué de palpable, en una atmósfera que me envolvió en luz y en perfumes, en una melodía que acarició mi alma. Al día siguiente su acogida expresó la plenitud de los sentimientos otorgados, y fué desde entonces iniciado en los secretos de su voz. Aquel día debía ser uno de los más notables de mi vida. Después de comer fuimos á pasearnos por las alturas y llegamos á una llanura árida de suelo pedregoso, seco y desprovisto de tierra vegetal. Crecían allí, sin embargo, algunos robles y matorrales espinosos; pero en vez de hierbas, extendíase sobre el suelo un tapiz de musgos mezquinos, enrojecidos por el sol po-

niente, sobre el cual se deslizaban los pies. Yo llevaba á Magdalena de la mano y la condesa daba el brazo á Santiago. De pronto el conde, que iba delante, se volvió, hirió la tierra con su bastón y dijo con acento terrible:

—¡He aquí mi vida!

Mas reprimiéndose y mirando con ternura á su mujer, añadió:

—¡Oh! ¡pero antes de haberte conocido!

¡Reparación tardía! La condesa había palidecido pero ¿qué mujer no hubiera vacilado como ella al recibir aquel golpe?

—¡Qué aromas tan deliciosos llegan hasta aquí! ¡qué bellos efectos de luz!—exclamé;—quisiera que esta llandura fuese mía; tal vez labrándola sacaría de ella tesoros, aunque el más seguro sería la vecindad de ustedes. ¿Qué precio, por otra parte, podría pagar ese magnífico panorama, ese río en que el alma se baña entre los fresnos y los sauces? Vea usted la diferencia de gustos para usted este rincón de tierra es una landa; para mí es un paraíso.

La condesa me dió las gracias con una mirada.

—¡Égloga!—dijo el conde con tono amargo—no es aquí la vida de un noble que lleva el nombre de usted.

Y después de un momento de interrupción, añadió:

—¿No oye usted las campanas de Azay? Yo las oigo.

La señora de Mortsauf me miró con aire asustado. Magdalena me apretó la mano.

—¿Quiere usted que volvamos á jugar una partida?—le dije;—el ruido de los dados le evitará oír las campanas.

Volvimos á Clochegourde hablando sin cesar. El conde se quejaba de vivos dolores sin precisarlos. Cuando estuvimos en el salón, reinó entre nosotros una incertidumbre indefinible. El conde estaba sumergido en su sillón, absorto en una contemplación respetada por su mujer, que conocía los síntomas de la enfermedad y sabía prever los accesos. Yo imité su silencio. Si no me rogó que me fuera, debióse tal vez á que esperaba que la partida de chaquete distraería al conde y disiparía aquellas fatales crisis nerviosas cuyos estallidos la mataban. Nada más fácil que obligar al conde á empezar aquel juego, del que tenía siempre ganas de jugar. Semejante á una niña voluntariosa, quería que le rogasen, que le obligasen, á fin de que no pareciese que quedaba agradecido, tal vez por lo mismo que era así. Si por consecuencia de una conversación interesante olvidaba yo las voces del juego, se ponía de mal humor y cortaba la conversación contradiciéndolo todo. Advertido por su mal humor, le propuse una partida, y me contestó:

—Ya es tarde; además, ese juego me aburre.

Á lo que siguieron mil melindres desordenados, como los que usan las mujeres que acaban por hacernos ignorar sus verdaderos deseos. Me humillé, le supliqué que me ejercitase en una ciencia tan fácil de olvidar si no se practicaba, y tuve necesidad de fingir una alegría loca para decidirle á jugar. Quejábase de aturdimientos que le impedían calcular; decía que tenía la cabeza oprimida como en un ataúd, estaba sofocado y lanzaba enormes suspiros. Al fin consintió en jugar. La señora de Mortsauf nos dejó para acostar á sus hijos y hacerles rezar antes de que se durmiesen. Durante su ausencia todo

fué bien; hice de manera que el señor de Mortsauf gase y la felicidad le invadió bruscamente. El paso repentino de una tristeza que le arrancaba terribles predicciones sobre sí mismo á aquella alegría de ebrio, aquella risa loca y casi sin razón, me inquietó y me dejó helado. Nunca le había visto en un acceso tan francamente detallado. Nuestras íntimas relaciones daban fruto y sus frutos y no se contentaba conmigo. Cada día trataba de envolverme en su tiranía, asegurando un nuevo paso á su humor, pues parece verdaderamente que las enfermedades morales son criaturas que tienen sus apetitos y sus instintos, y que tratan de aumentar el espacio de su imperio como un propietario quiere aumentar sus posesiones. Bajó la condesa y se sentó cerca del juego para ver mejor, pero se puso á trabajar con una atención mal disimulada. Un golpe funesto que no pudo impedir cambió la faz del conde; de alegre se puso sombrío, de encendido se tornó amarillo y sus ojos empezaron á extraviarse. Luego sucedió una nueva desgracia que no pude prever ni reparar. El señor de Mortsauf echó un dado que decidió su ruina. En seguida se levantó, arrojó sobre mí el tablero y el quinqué á tierra dió un puñetazo en la consola y empezó á saltar, más bien que andar, á lo largo del salón. El torrente de injurias, de apóstrofes, de imprecaciones, de frases incoherentes que brotó de su boca, le hubiera hecho tomar por uno de aquellos célebres endemoniados de la Edad media. Calcula mi situación.

—Váyase usted al jardín—me dijo la condesa estrechándome la mano.

Salí sin que el conde lo advirtiese.

Desde la terraza, donde me puse á pasear lentamente, oía sus voces y sus gemidos, que salían de un cuarto situado junto al comedor. En medio de aquella tempestad oía también la voz del ángel que, á intervalos, se elevaba como el canto del ruiseñor en el momento en que cesa la lluvia. Me paseaba bajo las acacias, alumbrado por la hermosa luna de agosto, esperando que la condesa se reuniese á mí: iba á venir; su acento me lo había prometido. Hacía algunos días que una explicación flotaba entre nosotros, y parecía deber estallar á la primera palabra que hiciese brotar el manantial demasiado lleno de nuestras almas. ¿Qué vergüenza retardaba la hora de nuestro perfecto acuerdo? ¿Acaso amaba ella tanto como yo ese estremecimiento, semejante á las emociones del miedo, que martiriza la sensibilidad durante esos instantes en que se detiene la vida pronta á desbordarse, en que se vacila en mostrar claramente lo que se siente obedeciendo al pudor que agita á las jóvenes antes de presentarse ante el esposo amado? ¿Habíamos engrandecido, por nuestros pensamientos acumulados, aquella primera confianza que se había hecho necesaria? Pasó una hora. Estaba yo sentado sobre la balastrada de ladrillos, cuando el ruido de su paso, mezclado con el roce de su falda, animó el aire tranquilo de la noche. Tuve una de esas sensaciones á que el corazón no puede resistir.

—El señor de Mortsauf se ha quedado dormido—me dijo;—cuando está así le doy una taza de agua en que he tenido en efusión algunas adormideras, y las crisis son bastante lejanas para que ese remedio tan sencillo tenga siempre el mismo éxito.

Y cambiando de tono y haciendo más persuasiva la inflexión de su voz, añadió:

—Caballero, una casualidad desgraciada le ha entregado secretos hasta hoy cuidadosamente guardados. Prométame usted guardar en su corazón el recuerdo de esta escena. Hágalo por mí, se lo ruego; no le pido juramento; déme sólo el *sí* del hombre de honor, y me basta.

—¿Tengo necesidad de pronunciar ese *sí*?—le dije—no nos hemos comprendido?

—No juzgue usted desfavorablemente al señor de Mortsauf viendo los largos sufrimientos padecidos durante la emigración—repuso.—Mañana ignorará completamente lo que ha dicho y le encontrará usted amable y afectuoso.

—Deje usted, señora—le respondí,—de justificar al señor de Mortsauf, haré todo lo que usted quiera. Me arrojaría sin vacilar al Indre si así pudiera cambiar al conde y proporcionarle á usted una vida feliz: lo que no puedo rehacer es mi opinión; nada hay más fuerte en mí. Le daría á usted mi vida, mi conciencia; puedo no escucharla, pero no puedo impedirle que hable. En mi opinión, el señor de Mortsauf es...

—Le comprendo á usted—dijo interrumpiéndome con insólita brusquedad,—tiene usted razón; el conde es nervioso como una niña soberbia—añadió para apartar la idea de la locura suavizando la frase,—pero sólo es así de tiempo en tiempo, una vez al año lo más, en la época de los grandes calores. ¡Cuántos males causados por la emigración! ¡Cuántas hermosas existencias perdidas! Sin eso, estoy segura, hubiera sido un gran hombre de guerra, el orgullo de su país.

—Lo sé—contesté interrumpiéndola á mi vez y haciéndole comprender que era inútil engañarme.

Se detuvo, pasó una de sus manos por su frente y me dijo:

—¿Quién lo ha introducido á usted así en nuestra existencia? ¿Es que Dios ha querido enviarme un socorro, una amistad que me sostenga?—añadió apoyando su mano con fuerza sobre la mía.—Porque usted es bueno, generoso...

Levantó sus ojos al cielo, como para invocar un visible testimonio que le confirmase sus secretas esperanzas, y luego los fijó en mí. Electrizado por aquella mirada, que inoculaba su alma en la mía, cometí, según la jurisprudencia mundana, una falta de tacto; pero no es esto en ciertas almas delicadas precipitación generosa ante el peligro, deseo de prevenir un choque, temor de una desgracia que no llega, y con más frecuencia aún, una pregunta brusca hecha al corazón, un golpe dado para saber si encuentra eco? Muchos pensamientos se elevaron en mí como llamas vivas, y me aconsejaron lavar la mancha que ennegrecía mi candor en el momento en que preveía una completa iniciación.

—Antes de ir más lejos—le dije con voz alterada por palpitations que se oían fácilmente á causa del profundo silencio que nos rodeaba,—permítame usted purificar un recuerdo del pasado.

—¡Caballero!—me dijo vivamente, llevando á mis labios un dedo que retiró al instante.

Después, mirándome con la altivez de una mujer que se cree demasiado alta para que pueda alcanzarle una injuria, me dijo con voz timbrada:

—Sé de qué quiere usted hablarme; se trata del primero, del último, del único ultraje que he recibido. ¡No hable usted de aquel baile! Si la cristiana se lo ha perdonado, la mujer sufre todavía.

—No sea usted más implacable que Dios—le dije reteniendo en mis pestañas las lágrimas que venían a mis ojos.

—Debo ser más severa, porque soy más débil—contestó.

—Pero—repliqué con una especie de rebelión infantil,—escúcheme usted, aunque no sea más que por la primera, por la última vez en su vida.

—Bien, hable usted: de otro modo, creería que temía escucharle.

Entonces, comprendiendo que aquel momento era el único en nuestra vida, le dije con ese acento que me pide, sino que impone atención, que cuantas mujeres había visto en el baile y antes del baile, me habían sido indiferentes; pero que al verla, yo, cuya vida se consagraba sólo al estudio, cuya alma era tan poco atrevida, me había sentido como arrebatado por un frenesí que no podrían condenar los que jamás lo habían sentido; que cuando el corazón está completamente lleno de un deseo, nada le resiste y todo lo vence, aun la muerte...

—Y ¿el desprecio?—me interrumpió.

—¿Me ha despreciado usted?—le pregunté.

—No hablemos de eso—repuso.

—Hablemos, sí—exclamé con una exaltación producida por un dolor sobrehumano;—se trata de todo mi ser, de mi vida desconocida, de un secreto que debe

usted conocer, ó moriré de desesperación. Y ¿no se trata también de usted que, sin saberlo, ha sido la dama en cuyas manos brilló la corona prometida á los vencedores del torneo?

Y le referí mi infancia y mi juventud, no como te las he relatado á ti, sino con las palabras ardientes del joven cuyas heridas sangran todavía. Mi voz retumbó como el hacha de los leñadores en el bosque; y ante ella cayeron con estruendo los años muertos y los largos dolores que los habían erizado de ramas sin follaje. Le pinté con febriles palabras una multitud de detalles terribles de que te he hecho gracia; extendí ante sus ojos el tesoro de mis brillantes aspiraciones, el oro virgen de mis deseos, todo un corazón ardiente conservado bajo las nieves de esos Alpes helados por un continuo invierno. Y cuando encorvado bajo el peso de mis sufrimientos esperaba una palabra de aquella mujer, que me escuchaba con la cabeza inclinada, su mirada iluminó las tinieblas y su acento animó los mundos terrestres y divinos con una sola frase.

—Hemos tenido la misma infancia—dijo dejándome ver un rostro en torno del cual lucía la aureola de los mártires.

Y después de una pausa, en la que nuestras almas se desposaron con este mismo consolador pensamiento: «No era yo solo en sufrir», la condesa me dijo, con la voz reservada para hablar á sus niños, que había tenido la desgracia de nacer hija cuando ya los hijos habían muerto. Me explicó las diferencias que su estado de niña, sujeta siempre al lado de su madre, creaba entre sus dolores y los de un niño arrojado al mundo de los

colegios. Mi soledad había sido un paraíso, comparada con el contacto de la rueda que había martirizado incesantemente su alma hasta el día en que su verdadera madre, su cariñosa tía, habíala salvado arrancándola de aquel suplicio cuyos horribles detalles me relató. Eran éstos inexplicables punzadas, insoportables para las naturalezas nerviosas que no retroceden ante una puñalada y mueren ante la amenaza de la espada de Damocles; tan pronto una expansión generosa detenida por una orden glacial; tan pronto un beso friamente recibido; un silencio impuesto y á veces reprochado; lágrimas devoradas que quemaban el corazón; en fin, las mil tiranías del convento, ocultas á los ojos de los extraños bajo las apariencias de una maternidad gloriosamente exaltada. Su madre fundaba en ella su vanidad y la lucía; pero al día siguiente pagaba caras aquellas lisonjas, necesarias para el triunfo de la institutriz. Cuando, á fuerza de obediencia y de dulzura, creía haber alcanzado una victoria y que el corazón de su madre se abría para ella, el tirano reaparecía armado de sus confidencias: un espía no hubiera sido ni más bajo ni más traidor. Todos sus placeres, todas sus alegrías de joven le habían sido vendidas á un precio muy caro, pues se la reprendía severamente su hermosura, como si hubiera estado en su mano nacer fea. Jamás las enseñanzas de su noble educación le habían sido dadas con amor, sino con una sangrienta ironía. No amaba á su madre, y sólo se reprochaba sentir por ella más terror que cariño. Tal vez, pensaba aquel ángel, aquellas severidades habían sido necesarias para prepararla á su vida actual. Escuchándola me parecía que el arpa de

Job, de la cual yo había sacado tan salvajes acordes, tocada ahora por dedos cristianos, respondía cantando las letanías de la Virgen al pie de la cruz.

—Vivíamos en la misma esfera antes de encontrarnos aquí—dije;—usted viniendo de oriente, yo de occidente.

Ella agitó la cabeza con un movimiento desesperado y contestó:

—Para usted el oriente, para mí el occidente: usted vivirá feliz; yo moriré de dolor. Los hombres forman por sí mismos los acontecimientos de su vida, y la mía está fijada para siempre. Ninguna fuerza humana puede romper esta cadena, que la mujer toma por un anillo de oro, emblema de la pureza de los esposos.

Sintiéndonos entonces gemelos en el dolor, la condesa no concibió que las confidencias se hiciesen á medias entre hermanos alimentados en la misma fuente. Después del suspiro natural que al abrirse exhalan los corazones puros, me refirió sus primeros días de matrimonio, sus primeras decepciones, toda la renovación de su desgracia. Como yo, había conocido las pequeñeces, tan grandes para las almas cuya límpida substancia se quebranta al menor choque, á la manera que una piedra arrojada á un lago agita igualmente la superficie y el fondo. Al casarse poseía algunos ahorros, ese poco de oro que representa las horas felices, los mil deseos de la edad primera; en un día de escasez los había entregado generosamente, sin decir que eran recuerdos y no monedas; pero jamás su marido se lo había tenido en cuenta, ni se había considerado su deudor, y en cambio de este tesoro, que se perdió en las oscuras

aguas del olvido, no había podido obtener esa mirada cariñosa que todo lo solda y que, para las almas generosas, es como una eterna joya cuyos fuegos brillan en los días difíciles. ¡Cómo había caminado de dolor en dolor! El señor de Mortsaufl olvidaba á veces darle el dinero necesario para la casa, y parecía despertar de un sueño cuando, después de haber vencido sus timideces de mujer, se lo pedía; ¡y ni una sola vez le había evitado estas crueles opresiones de corazón! ¡Qué terror la sobrecogió en el momento de manifestarse la naturaleza enfermiza de aquel hombre en ruinas! ¡Por cuántas más reflexiones había pasado antes de considerar como nulo á su marido, esa figura imponente que domina la existencia de una mujer! ¡De qué horribles calamidades fueron seguidos sus dos alumbramientos! ¡Qué sobrecogimiento al aspecto de dos niños medio muertos! ¡Qué valor para decirse: «¡Yo les inocularé la vida! ¡yo los pariré de nuevo todos los días!» Y luego ¡qué desesperación encontrándose un obstáculo precisamente en el corazón y en la mano de donde las mujeres sacan sus socorros! Había visto esta inmensa desgracia desarrollando sus sábanas espinosas á cada dificultad vencida, y al llegar á la cima de cada roca, había distinguido nuevos desiertos que tenía que atravesar, hasta el día en que, como el joven arrancado por Napoleón á los tiernos cuidados del hogar doméstico, hubo habituado sus pies á marchar por el lodo y por la nieve, acostumbrado su frente á las balas y todo su ser á la pasiva obediencia del soldado. Esto, que yo te refero en resumen, me lo contó ella en toda su tenebrosa extensión, con su cortejo de hechos desoladores, de tremen-

das batallas conyugales perdidas, de ensayos infructuosos.

—En fin—me dijo para terminar,—sería preciso que viviese usted aquí algunos meses para saber cuántos sufrimientos me cuestan las mejoras de Clochegourde, cuántas astucias fatigosas tengo que emplear para hacerle querer la cosa más útil á sus intereses; ¡qué malicia de niño le domina cuando una cosa debida á mis consejos no tiene éxito en seguida! ¡con qué alegría se atribuye el bien, qué paciencia necesito para oírle quejarse incesantemente cuando me esfuerzo por endulzar sus horas, por embalsamar su ambiente, por cubrir de flores los caminos que él siembra de piedras! Mi recompensa es esta terrible frase: «¡Quiero morir! ¡la vida me pesa!» Si por casualidad hay gente extraña en casa, entonces todo se borra y es amable y cortés. ¿Por qué no es así para su familia? Yo no sé cómo explicar esa falta de lealtad en un hombre á veces caballeroso y que es capaz de ir secretamente á París á rienda suelta para traerme un adorno, como hizo últimamente para el baile de la ciudad. Avaro para su casa, sería pródigo para mí, si yo quisiera; debía ser al contrario, porque nada necesito y la casa cuesta mucho. En mi deseo de hacerle feliz y sin pensar que sería madre, lo he acostumbrado tal vez á tomarme por víctima, cuando, empleando algunas lisonjas, lo manejaría como á un niño, si pudiera rebajarme hasta representar un papel que me parece infame. Pero el interés de nuestra casa exige que sea tranquila y severa como la estatua de la justicia, y, sin embargo, tengo el alma expansiva y tierna.

—¿Por qué—le dije—no usa usted de esa influencia para hacerse dueña de él, para gobernarle?



—Si no se tratase más que de mí, no sabría ni vencer su obtuso silencio, opuesto durante horas enteras á justos argumentos, ni responder á razones sin lógica, verdaderas razones de niño. No tengo valor contra la debilidad ni contra la infancia, que pueden herirme sin que les oponga resistencia: tal vez opondría la fuerza á la fuerza; pero carezco de energía contra los que se quejan. Si para salvar á Magdalena fuera preciso contradecirle en algo, moriría con ella. La lástima distiende mis fibras y embota mis nervios. Las violentas sacudidas de estos diez años me han abatido; ahora mi sensibilidad, tan frecuentemente atacada, se encuentra á veces sin consistencia y nada la regenera; á veces también me falta la energía con que antes sufría las tempestades. Sí; en ocasiones me siento vencida: falta de reposo y de baños de mar que regeneren mis nervios, moriré. El señor de Mortsauf me habrá matado, y mi muerte le matará.

—¿Por qué no deja usted Clochegourde por algunos meses? ¿Por qué no va con los niños á la orilla del mar?

—Primero, porque el señor de Mortsauf se creería perdido si yo me alejara. Aunque no quiere creer en su situación, tiene conciencia de ella; encuentra en sí el hombre y el enfermo, dos naturalezas distintas cuyas contradicciones explican sus rarezas. Después, porque tendría razón en temblar: ausente yo, todo iría mal aquí. Tal vez ha visto usted en mí la madre de familia ocupada en proteger á sus hijos contra el milano que se cierne sobre ellos, pesada tarea aumentada con los cuidados exigidos por el señor de Mortsauf, que va siempre preguntando: «¿Dónde está la señora?». Y no es

esto todo, soy también el preceptor de Santiago y la aya de Magdalena. Tampoco es esto nada, soy también intendente y administrador. Comprenderá usted el alcance de mis palabras cuando sepa que la explotación de una tierra es aquí la más fatigosa de las industrias. Tenemos muy pocas rentas en dinero, y nuestras haciendas son cultivadas á medias, sistema que exige una vigilancia continua. Es preciso vender por sí mismo el grano, el ganado, los productos de todo género, nos hacen competencia nuestros propios colonos, que en la taberna se entienden con nuestros compradores y sientan los precios después de haber acudido los primeros. Le aburriría si le explicase las mil dificultades de nuestra industria. Por mucha que sea mi actividad, no puedo vigilar para que nuestros colonos no beneficien sus tierras propias con nuestros abonos; no puedo ir á ver si nuestros segadores se entienden con ellos cuando se parte la cosecha, ni puedo tampoco saber el momento oportuno para la venta. Luego, si tiene usted en cuenta la poca memoria del señor de Mortsauf y el trabajo que me ha visto usted tomar para obligarle á ocuparse de sus negocios, comprenderá lo pesado de mi cargo y la imposibilidad de que lo suelte un momento. Si me ausentase, quedaríamos arruinados: nadie le escucharía y sus órdenes serían discutidas. Por otra parte, nadie le ama; es demasiado áspero, demasiado absoluto; además, como todos los seres débiles, escucha demasiado fácilmente á sus inferiores para que pueda inspirar en torno suyo ese afecto que une á las familias. Si me marchase, ningún criado permanecería aquí ocho días. Ya ve usted que estoy sujeta á Clochegourde como esos ramos de plomo

lo están al tejado. No le callo nada, caballero: todo el mundo ignora los secretos de Clochegourde, y usted lo sabe: no diga nada que no sea bueno y digno de elogio, y tendrá mi estimación, mi reconocimiento—añadió con voz más dulce todavía;—á este precio, puede usted volver á Clochegourde, y encontrará aquí corazones amigos.

—Pero—dije,—yo jamás he sufrido. Usted sola...

—No—repuso dejando ver esa sonrisa de las mujeres resignadas que conmoviera al granito;—esta confidencia le presenta la vida tal cual es y no como su imaginación se la ha hecho esperar. Todos tenemos defectos y cualidades. Si me hubiera casado con algún pródigo, me habría arruinado; si mi marido hubiera sido un joven ardiente y voluptuoso, habría tenido otros amores; tal vez no hubiera sabido conservarle, me habría abandonado, y yo habría muerto de celos... porque ¡soy celosa!—dijo con un acento de exaltación que parecía el trueno de una tormenta pasada.—Pues bien, el señor de Mortsauf me ama cuanto puede amar, y todo el afecto que su corazón encierra lo derrama á mis pies, como la Magdalena vertió el resto de sus perfumes á los pies del Salvador. Créalo usted: una vida de amor es una fatal excepción de la ley terrestre; toda flor se marchita y muere, y las grandes alegrías, cuando tienen un matiz fana, la tienen triste y sombría. La vida real es una vida de angustias; su imagen es esta ortiga nacida al pie de la terraza y que, sin sol, permanece verde en su tallo. Aquí, como en los países del Norte, hay en el cielo sonrisas que compensan sobradamente nuestras penas. En fin, las mujeres que son exclusivamente madres, ¿no

se unen más bien por los sacrificios que por los placeres? Yo atraigo sobre mi cabeza las borrascas que han de estallar sobre los demás ó sobre mis hijos, y haciendo esto, experimento un sentimiento inexplicable que me da una fuerza secreta. La resignación de la víspera me ha proporcionado siempre la del día siguiente; y Dios, por otra parte, tampoco me ha dejado sin esperanza. Si en un principio me desesperé la salud de mis hijos, hoy, cuanto más avanzan en la vida, van mejorándose más; además, nuestra casa se ha embellecido, nuestra fortuna se repara... ¿quién sabe si al fin haré feliz la vejez del señor de Mortsauf? Créame usted: si un ser se presenta ante el Juez Supremo con una palma verde en la mano, habiendo consolado los que maldecían la vida, ese ser habrá convertido sus dolores en delicias. Si mis sufrimientos sirven para la felicidad de mi familia, ¿podré decir que son sufrimientos?

—Sí—contesté;—pero habrán sido necesarios, como lo son los míos, para hacernos apreciar el delicioso sabor del fruto nacido en las rocas de nuestra vida. ¡Tal vez ahora lo gustaremos juntos! ¡tal vez admiraremos los prodigios de esos torrentes de afección con que inunda las almas de esa savia que reanima las hojas marchitas! ¡Dios mío! ¿no me oís?—repuse sirviéndome del lenguaje místico á que nuestra educación nos había acostumbrado,—¡ved por qué vías hemos marchado el uno hacia el otro; qué imán nos ha dirigido por este amargo océano hacia el manantial de agua dulce que corre al pie de los montes sobre un lecho de blanca arena, entre riberas verdes y floridas! ¿Hemos seguido, como los magos, la misma estrella? Henos aquí ante el

pesebre de donde se levanta un divino niño que hará brotar las hojas de los árboles desnudos, que animará el mundo con sus alegres gritos, que hará dichosa la vida con placeres incesantes, que devolverá á las noches el sueño y el júbilo á los días. ¿Quién ha apretado cada año nuevos nudos entre nosotros? ¿No somos más que hermano y hermana? No desuna usted jamás lo que el cielo ha unido. Los sufrimientos de que habla son el grano sembrado por la mano del labrador para hacer brotar la cosecha ya dorada por el más hermoso de los soles. ¿No iremos juntos á recogerla? ¿Qué fuerza hay en mí para que me atreva á hablarle de ese modo? Respóndame usted, ó no volveré á atravesar el Indre.

—Me ha ahorrado usted la palabra *amor*—me dije interrumpiéndome con voz severa;—pero ha hablado de un sentimiento que ignoro y que no me está permitido. Es usted un niño y le perdono aún, pero por última vez. Mi corazón, súpalo usted, está embriagado de maternidad. No amo al señor de Mortsauif ni por deber social ni por ganar la felicidad eterna, sino por un sentimiento irresistible que le une á todas las fibras de mi corazón. ¿Fuí acaso violentada en mi matrimonio? No lo decidió mi simpatía por los infortunios. ¿No es la misión de la mujer reparar los males del tiempo y consolar á los que caen sobre la brecha y vuelven heridos? ¿Qué le diré á usted? He sentido cierto contagio egoísta al ver que usted lo distraía; y ¿no es esto maternidad pura? ¿No le ha mostrado mi confesión los tres niños á quienes nunca debo faltar, sobre los que debo hacer llover un rocío regenerador? ¡No agríe usted la leche de una madre! Aunque en mí la esposa sea invulne-

rable, no me hable usted nunca de ese modo. Si no respeta usted esta prohibición tan sencilla, las puertas de esta casa, se lo prevengo, se cerrarán para usted. Yo creía en las amistades puras, en las fraternidades voluntarias, más ciertas que todas las fraternidades impuestas, y me he engañado; quería un amigo que no fuese un juez, un amigo que me escuchase en esos momentos de debilidad en que la voz que riñe es una voz asesina, un amigo santo, de quien nada tuviera que temer. La juventud es noble, sin doblez, capaz de sacrificios, desinteresada; viendo la persistencia de usted, he creído, lo confieso, en un designio del cielo; he creído que había un alma que me pertenecía á mí sola, como el sacerdote pertenece á todos; un corazón en el cual podría desahogar mis dolores cuando rebosaran, y que respondería á mis sollozos cuando el sollozo se hace irresistible y me ahogaría si continuase devorándolo. De este modo, mi existencia, tan preciosa para esos niños, hubiera podido prolongarse hasta el momento en que Santiago fuese hombre. ¿No es esto egoísmo? ¿Acaso Laura de Petrarca puede reproducirse? Me he engañado... ¡Dios no lo quiere! Será preciso morir en mi puesto, como el soldado sin amigo; mi confesor es duro, austero... y ¡mi tía no existe!

Dos gruesas lágrimas iluminadas por un rayo de luna, salieron de sus ojos, rodaron por sus mejillas é iban á caer en tierra; pero extendí la mano á tiempo para recibir aquellas palabras selladas por diez años de lágrimas secretas, de sensibilidad gastada, de cuidados constantes, de alarmas perpetuas, de elevado heroísmo.

—He aquí—le dije—la santa comunión del amor. Si

acabo de participar de sus dolores, de unirme á su alma, como nos unimos á Cristo bebiendo su divina substancia. Amar sin esperanza, es también una felicidad. ¡Oh! ¿qué mujer podría darme en la tierra una alegría más grande que la de haber sorbido sus lágrimas? Yo acepto ese contrato que debe resolverse en sufrimientos para mí; me entrego á usted sin reserva, y seré lo que usted quiera que sea.

Me detuvo con un gesto y me dijo con voz grave:

—Consiento en ese pacto, con tal que nunca pretenda usted estrechar los lazos que nos unen.

—Sí—contesté,—cuanto menos me conceda usted, más cierto estaré de poseer.

—¿Empieza usted por una desconfianza?—replicó expresando la melancolía de la duda.

—No; sino por una alegría pura. Escuche usted: quiero para usted un nombre que nadie posea, como es único el sentimiento que nos confesamos.

—Es mucho—respondió,—no soy tan niña como cree usted. El señor de Mortsauf me llama Blanca; una sola persona en el mundo, la que más he amado, mi adorable tía, me llamaba Enriqueta; volveré á ser Enriqueta para usted.

Tomé su mano y la besé; ella me la abandonó con esa confianza que hace á la mujer tan superior á nosotros y que nos anonada. Luego se apoyó sobre la balaustrada y miró al río.

—Ha hecho usted mal—me dijo—en llegar del primer salto al fin de la carretera, en agotar del primer sorbo una copa que el candor le ofrecía. Pero un verdadero sentimiento no se divide: ó existe entero ó no existe

Y después de un momento de silencio, añadió:

—El señor de Mortsauf es, sobre todo, leal y altivo. Tal vez por hacerme un favor, tendrá usted la intención de olvidar lo que le ha dicho; pero si él no sabe nada, mañana yo le instruiré de todo. No venga usted en algún tiempo á Clochegourde, y le estimará más aún. El domingo que viene, al salir de la iglesia, él irá á su encuentro; lo conozco bien: borraré sus faltas y le agradecerá que lo haya tratado como un hombre responsable de sus acciones y de sus palabras.

—¡Cinco días sin verla, sin oírla!...

—No ponga usted nunca ese calor en las frases que me dirija—contestó.

Quise besar su mano, y vacilé; me la dió al fin y me dijo en tono de súplica:

—No la tome usted sino cuando yo se la dé; déjeme mi libre albedrío: sin él, sería como una cosa suya, y eso no debe ser.

En medio del mayor silencio dimos dos vueltas por la terraza, y luego me dijo con un tono de mando que probaba que había tomado posesión de mi alma:

—Es tarde; separémonos.

—Adiós—contesté.

Me abrió la puertecilla baja y salí. En el momento en que iba á cerrar se detuvo, me tendió la mano y me dijo:

—En verdad, ha sido usted muy bueno esta noche; me ha consolado para el porvenir. Tome, amigo mío, tome.

Besé aquella mano repetidas veces, y cuando abrí los ojos, vi lágrimas en los suyos. Volvió á subir la azo-